

Rolando Álvarez Vallejos. *Forjando la vía chilena al socialismo: El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*. Valparaíso: América en Movimiento Ediciones, junio de 2020, 244 páginas.

María Olga Ruiz¹

El último libro de Rolando Álvarez Vallejos recorre la historia del Partido Comunista entre los años treinta y setenta del siglo XX, período en que la mayoría de los gobiernos desplegaron distintos tipos de políticas represivas sobre amplios sectores particularmente sobre los militantes comunistas. Esta mirada de mediana o larga duración ya es, en sí misma, un aporte para comprender la historia de nuestro país y en particular, del comunismo chileno. Esto es así porque en las últimas décadas han proliferado las investigaciones sobre la historia reciente, en su mayoría desde la dictadura hasta la actualidad y sobre procesos o sujetos muy específicos. Esta mirada cortoplacista ha relegado a un lugar casi periférico el siglo XX chileno y la forma en que modeló nuestra actualidad. Como señala Francois Hartog, esta cultura presentista impide la comprensión de la historia incluyendo al propio presente. En un régimen presentista vivimos inmersos en acontecimientos que se suceden unos tras otros sin relación entre ellos; de este modo, la experiencia se vuelve inasible y no hay espacio para el entendimiento, la reflexión ni el pensamiento crítico.

La aproximación crítica -en un sentido analítico- a la historia del comunismo chileno del siglo XX permite complejizar las miradas que construimos sobre los periodos posteriores: la Unidad Popular y la dictadura cívico-militar. Comprender y analizar históricamente el período previo al golpe de estado, las trayectorias de las izquierdas y sus posiciones respecto a la vía chilena al socialismo es un ejercicio fundamental, porque las miradas cortoplacistas se han extendido en amplios sectores de nuestra sociedad.

En este contexto, el trabajo que acá se presenta contribuye a pensar nuestra realidad actual y a tensionar o debatir algunos preceptos comúnmente aceptados acerca de la historia social y política del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI. Rolando Álvarez recorre el camino desplegado por el Partido Comunista, distingue etapas y analiza el modo en que su apuesta por incidir en y desde el mundo social fue precisamente lo que lo transformó en una amenaza para los sectores más conservadores. Al convertirse en un actor con posibilidades reales de incidir en el sistema político, fue objeto de tempranas formas de represión estatal que como todos sabemos, no se inauguran en 1973, sino que fueron más bien una constante en la historia de la organización y de sus militantes.

Justamente su arraigo en distintos sectores sociales transformó tempranamente a los comunistas en un enemigo interno que era preciso controlar, perseguir y reprimir. Al mismo tiempo, la experiencia concreta de la represión política estatal durante la mayor parte del periodo analizado le otorgó un sello identitario al comunismo chileno: la valoración de la democracia política.

1 Académica Universidad de la Frontera, Temuco.

A inicios de los años treinta la organización siguió los mandatos de la Internacional Comunista y su estrategia “clase contra clase”; sin embargo, la adopción de esas políticas no impidió que la organización mantuviera una línea original asociada a la defensa de las libertades públicas y la vinculación con el mundo social. Los informes partidarios de la época señalan las debilidades internas del partido, justamente evidenciando que el encuadramiento establecido por la Comintern resultaba infructuoso y que las prácticas heredadas del Partido Obrero Socialista persistían más allá de los afanes disciplinatorios que provenían del exterior. Esos mandatos no consiguieron erradicar prácticas políticas de larga data asociadas a la vinculación con organizaciones sociales, de modo que la bolchevización no acabó con esos estilos propios de una cultura política que no concebía el trabajo partidario sin las masas.

El trabajo de Rolando Álvarez propone la necesidad de articular la historia nacional con el marco global en que se desenvuelve el comunismo chileno. A partir de los años treinta, la organización realizó una recepción de los mandatos de la Comintern que estuvo lejos de ser una aplicación unilateral de esas políticas. Sin desconocer el marco internacional y sus impactos en los lineamientos de este partido, el autor pone atención al modo en que esas definiciones fueron aplicadas, siempre atendiendo a una historia nacional con características propias. Este enfoque complejiza aquellas visiones que ponen el foco en las determinaciones externas y en la supuesta aplicación pasiva de las mismas. Eso se tradujo en un camino propio que le permitió defender las banderas del socialismo y de la democracia, siguiendo los pasos de Luis Emilio Recabarren.

Es preciso señalar que la defensa de la democracia complejizaba la versión liberal de la misma, incluyendo la defensa de los derechos sociales y económicos de las grandes mayorías. Es lo que el autor denomina “proceso de aclimatación”, es decir, la forma en que esas directrices se aplicaron de acuerdo con la realidad local y nacional del comunismo chileno. Esa misma posición le permitió a esta organización acomodarse con eficacia a los nuevos mandatos externos, esta vez orientados a la creación de frentes populares cuyo objetivo era frenar los avances del fascismo. Así, en la tercera década del siglo XX, el Partido Comunista tuvo un rol destacado en el frente sindical, en organizaciones de mujeres, y otros espacios del mundo social. Es un momento en que se dio continuidad a una línea política basada en la defensa del estado de derecho en contra de la represión del estado, las reivindicaciones salariales, la libertad de prensa y reunión, entre otras.

Si en la década del treinta, el comunismo chileno intentó recuperarse de los golpes represivos recibidos por parte del Ibañismo, reestableciendo su vinculación con el mundo social, en los años cuarenta y en el marco de las políticas frenteamplistas, la defensa de la democracia y la ampliación de los derechos sociales fueron el núcleo articulador de la propuesta partidaria. Mientras en el plano político se promovían alianzas para enfrentar a la derecha, en lo social se incrementaba su presencia en distintos frentes sociales, incluyendo el frente campesino y mapuche.

Aunque el autor pone mayor atención al frente sindical, hace mención al movimiento de mujeres, que en estos años alcanzó gran protagonismo y visibilidad en la figura del Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH), organización de mujeres con gran presencia comunista que proponía una ampliación de la democracia, mayores niveles de justicia social y más participación popular en las grandes decisiones del país. El MEMCH propuso una emancipación integral (en sus dimensiones económica, social, sexual y jurídica) y consideraba que el derecho sufragio de las mujeres era un paso más - pero no el único- en ese camino. Apelaban a

un cambio cultural; de ahí su apoyo a reformas sociales y legales. Politizó los temas del consumo y la vida reproductiva de las mujeres, convirtiéndolas en protagonistas de la vida política del país, aún antes que tener derecho a voto en las elecciones presidenciales. Las mujeres comunistas tuvieron un rol fundamental en la fundación del MEMCH y casi el 50% de las integrantes de sus comités locales eran militantes del partido.

En el marco de su análisis, el autor revisa informes partidarios que abordan críticamente la realidad interna de la organización. Lejos de la visión que se tiene de una estructura hermética, monolítica y homogénea, las fuentes revelan una realidad bastante más compleja, con tensiones internas, dificultades organizativas y una experiencia militante que asumía las tareas partidarias con distintos niveles de autonomía. Por otro lado, observa líneas de continuidad con la tradición histórica del recabarrenismo, cultura política que logró mantenerse y que se expresó en la demanda creciente y persistente por las libertades de los presos políticos y la defensa de los derechos laborales. Estamos hablando de un período de persecución permanente en contra de los militantes comunistas y de otros sectores de izquierda, restricciones a la libertad de reunión, relegaciones, encarcelamientos, clausura de medios periodísticos, encarcelamiento e incomunicación de dirigentes partidarios y sindicales.

Este recorrido revela dos cosas: primero, el compromiso del Partido Comunista con las libertades públicas y la democracia en el marco de las alianzas antifascistas y, en segundo lugar, la represión sistemática desde el aparato estatal hacia la izquierda y principalmente hacia el comunismo. La permanente persecución expresa el modo en que el Estado aplicaba leyes que limitaban o suspendían los derechos y las garantías constitucionales y ponen en evidencia el carácter ilusorio de las representaciones de la historiografía tradicional acerca del sistema político, en relación a un orden institucional estable y a una tradición democrática pocas veces alterada evidenciando, por el contrario, que este estado de orden no sólo ha sido precario e inestable, sino que logró consolidarse por medio de la fuerza, la represión y un estado siempre dispuesto a sacrificar las libertades civiles.

La voluntad política por tener presencia e incidencia en las masas se transformó en la principal fortaleza del Partido Comunista y ello lo convirtió en la gran amenaza para los sectores conservadores del país. El triunfo del Frente Popular en 1938, es decir, la presencia activa de la izquierda y de este partido en la institucionalidad democrática (y no una política insurreccional o anti sistémica), fue lo que transformó a la organización en un peligro. Ahora bien, esta vocación institucionalista no le impidió participar en huelgas y protestas sociales; son los años de un fortalecimiento orgánico importante que se ve alterado a partir de la Ley Maldita y que obliga a la organización a vivir en condiciones de clandestinidad e ilegalidad durante una década, lo que no cuestionó su apego a las formas democráticas.

Como es evidente, durante los años de vida ilegal y clandestina, la organización se centró en la recuperación de sus derechos políticos; para ello estableció alianzas con diversos partidos y luchó por la reconstrucción de la unidad sindical. La experiencia directa de la represión derivó en una valoración real -y no puramente instrumental- de la democracia, los DDHH y el pluralismo, los que fueron vividos como una urgencia vital. Durante este período, figuras relevantes de la organización reflexionaron y establecieron definiciones acerca de lo que entendían por democracia. En el marco del debate parlamentario en que se discutió la Ley Maldita, tanto Elías Lafferte como Carlos Contreras señalaban entre otras cosas que los comunistas chile-

nos jamás habían apoyado tentativas antidemocráticas, como golpes o movimientos insurreccionales; que era preciso perfeccionar la democracia con medias concretas, como el sufragio universal, incluyendo a los analfabetos, el fin del cohecho, fomento a la educación; y que la democracia representativa y las garantías individuales debían ser defendidas como un valor irrenunciable.

El rechazo a la Ley Maldita incluyó a personalidades de derecha como Eduardo Cruz Coke y Horacio Walker, ambos dirigentes del Partido Conservador. Así, durante los años de clandestinidad, la organización mantuvo una línea moderada, que promovió acuerdos con sectores de la izquierda y el centro político y que terminó con la expulsión de grupos internos que promovían una política rupturista. La derogación de esa ley se transformó en una demanda transversal que le permitió a la organización establecer alianzas con diversos sectores no necesariamente afines ideológicamente.

Esta posición se mantuvo como una constante durante el segundo mandato de Ibáñez, periodo en el cual se estrecharon los lazos con el mundo sindical en defensa de las libertades públicas y la democracia. Esta postura fue respaldada en el XX Congreso de la PCUS, que sancionó oficialmente la vía pacífica al socialismo. De esta manera, desde antes de la conformación del FRAP, el comunismo chileno ya consideraba la creación de un bloque antimperialista y anti oligárquico, al mismo tiempo que rechazaba cualquier intento de golpe de estado, pese a sufrir en carne propia las políticas represivas del gobierno. De este modo, la tesis de la vía pacífica no fue adoptada por una imposición extranjera, sino que era parte de la trayectoria histórica de la organización. Eso no supone que haya hecho una defensa pasiva de la democracia política, pues se criticaban sus debilidades y se complejizaban sus definiciones, cuestionando, por ejemplo, el presidencialismo y el centralismo.

De este modo, aún bajo el contexto de la Ley Maldita, el comunismo chileno jamás renunció a su ideario democrático y rechazó cualquier intentona golpista o estrategia insurreccional. La meta de alcanzar el socialismo a través de reformas democráticas y la moderación de sus posiciones se expresa en la condena que hizo la organización a los hechos de violencia ocurridos el 2 de abril en 1957, postura que se tradujo en la expulsión de algunos de sus militantes.

Ahora bien, y como señala el autor de este libro, el comunismo chileno nunca se desmarcó de las directrices soviéticas, lo que no impidió que la recepción de esos mandatos se aplicase de acuerdo con la propia experiencia histórica de la colectividad. La adscripción irrestricta a los mandatos emanados desde la URSS y, al mismo tiempo, la convicción en la vía democrática para alcanzar el socialismo se inscribe en un contexto cuya consideración es ineludible a la hora de analizar la historia del Partido Comunista chileno. Durante este período gran parte de la izquierda, en particular la comunista, creía ciegamente en el avance de la historia hacia el socialismo. Esa convicción de que la historia con mayúscula se dirigía hacia un futuro socialista descansaba en razonamientos de pretensión científica: las leyes de la historia confirmaban que era así. Y esas certezas eran la plataforma del accionar político cotidiano de los comunistas. Asimismo, la URSS era considerada como un estado superior del desarrollo en todos los planos y por lo mismo, un referente incuestionable. Como señala Rolando Álvarez: “estimamos que en Chile existió un partido comunista de matriz estalinista, pero con una fuerte impronta local. Ambas dimensiones son fundamentales para comprender tanto las fortalezas como las dificultades del PC durante la crucial década de los años '60 en Chile” (Álvarez, 2020, 141).

Finalmente, el autor analiza en detalle el periodo comprendido entre la recuperación de su existencia legal hasta el triunfo de la Unidad Popular. Se trata de un período de gran crecimiento en distintos planos: cantidad de militantes, inserción en las organizaciones sociales y por lo mismo, el despliegue de enormes energías para educar políticamente a los nuevos comunistas. Esos esfuerzos abren justamente la interrogante acerca del carácter cerrado y estrictamente homogéneo de la organización y revelan que se trataba más bien de una aspiración y, no tanto, de una realidad.

La construcción del partido, ahora en el espacio legal, suponía la formación esmerada de un militante ideal, lo que exigía -desde la perspectiva partidaria- sancionar conductas que vulneraran la estricta disciplina de la organización. Se trata de un periodo en donde la organización promovió formas de acción legal e ilegal, como tomas de terreno en el mundo poblacional, ámbito que desde los años cincuenta fue de vital importancia. Durante estos años, la política partidaria insistía en llegar al socialismo cuando la mayoría del pueblo lo decidiera. Apoyando la tercera candidatura de Salvador Allende, el diario *El Siglo* señalaba: “Los partidarios de la candidatura de Salvador Allende aspiramos a constituir un gobierno popular, nacional, democrático, antiimperialista, antifeudal, antimonopolista y punto. El gobierno que queremos establecer no tiene ni se puede atribuir otros alcances” (Álvarez, 2020, 173). En otras palabras, el socialismo requería de una mayoría ciudadana y no era posible sin esa condición mínima. De este modo, es evidente que las formas democráticas eran un asunto crucial y no puramente instrumental. Ante los ataques de la derecha, Luis Corvalán insistía en que el partido defendía la legalidad y el Estado de Derecho. En verdad, el comunismo chileno se encontraba bajo fuego cruzado, pues desde la izquierda rupturista ese mismo apego a las formas democráticas era catalogado como colaboracionismo de clase y de reformismo.

Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, y desde una clara postura opositora, el partido intentó tender lazos hacia los sectores más progresistas de la Democracia Cristiana, trabajando codo a codo con ellos en organizaciones sociales y en torno a demandas concretas. Transformado en la primera fuerza electoral de la izquierda, la organización siguió teniendo como propósito construir un partido fuerte orgánicamente con el objeto de ampliar su influencia en las masas.

La agitación en el frente campesino, sindical y poblacional fueron en ascenso y sin renunciar a la promesa de la revolución socialista, la entendían como un proceso que debía adecuarse a la realidad de cada país. En 1967 Luis Corvalán señalaba que el partido había abandonado la noción de dictadura del proletariado en defensa de un régimen popular pluripartidista. De este modo, la adhesión formal a los fundamentos del marxismo leninismo se defendían simultáneamente al despliegue de un camino original de carácter nacional. Esta situación explica los vínculos cada vez más cercanos con los partidos comunistas de Italia, España y Francia, organizaciones que fueron críticos de la URSS y reivindicaron la articulación entre democracia y socialismo. La corrección de esta vía política institucional se vio demostrada en las altas votaciones obtenidas en las elecciones parlamentarias de 1969, en donde el PC obtuvo un 16.6%.

En síntesis, el presente trabajo de Rolando Álvarez demuestra con un sólido respaldo documental que la valoración de la democracia no era puramente instrumental: se la valoraba en sí misma y no solo como una etapa que debía ser superada para llegar al socialismo. Esa defensa de las formas democráticas nacía de la misma experiencia de represión y persecución que vivieron sus militantes durante gran parte del siglo XX.

Al mismo tiempo, expresa la necesidad de establecer diálogos entre la historia política y la historia social. Como señala Horacio Tarcus, en una perspectiva similar, las organizaciones políticas marxistas deben ser analizadas no solo en la dimensión declarativa y explícita sino también considerando sus dinámicas reales. No basta con estudiar programa, estatutos, declaraciones, sino también el plano de los imaginarios y la experiencia cotidiana de los militantes.

Este libro se suma a otros trabajos historiográficos recientes cuya lectura desmonta algunas categorías comúnmente aceptadas pero que no se sostienen históricamente. Por ejemplo, las denominaciones “izquierda reformista” para referirse al Partido Comunista y al Partido Socialista e “izquierda revolucionaria” para aludir al MIR son evidentemente erradas. En primer lugar, durante el período que comprende este texto, el comunismo chileno nunca renunció a la idea de la revolución socialista (como señala el autor, hizo una reformulación nacional de la misma), mientras que el socialismo abjuró tempranamente de la democracia y sus formas. La idea de un bloque reformista homogéneo y monolítico opuesto a uno auténticamente revolucionario es clara falsificación histórica.

Por otro lado, el presente trabajo le otorga densidad histórica a la relación entre democracia y socialismo en el mundo de la izquierda, señalando que esa articulación no nace en los ochenta en el marco de la Renovación Socialista, sino que es parte de la larga historia del comunismo chileno. El debate con otros historiadores como Marcelo Casals debe ser observado con optimismo, pues ambos son dos de los más destacados historiadores jóvenes y en estos tiempos de presentismo necesitamos debates historiográficos sobre la izquierda, sus derroteros, quiebres y desplazamientos.

La gran apuesta del comunismo chileno fue por la construcción de una fuerza social mayoritaria que apoyara las grandes transformaciones sociales. A la revolución no se llegaba por la vía insurreccional ni menos con una vanguardia iluminada separada de las masas. Esa articulación entre socialismo y democracia, con sus todas sus tensiones y promesas fue, en definitiva, el gran proyecto comunista chileno de gran parte del siglo XX.

Referencias

- Hartog, F. (2007) *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. Mexico: Universidad Iberoamericana.
- Antezana-Pernet, C. (1997). *El MEMCH hizo historia*. Santiago: Fundación Biblioteca y Archivo de la Mujer.
- Tarcus, H. (1998/1999). *La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad*. En El Rodaballo (n° 9) 23-33